

Mohamed llora como un niño.

Resulta que había salido poniéndose como disculpa el tener asuntos que resolver, del mismo modo que lo haría luego con su mujer.

Ella, aunque debía sospechar que estaba metido en el business del hachís, no tenía, por su bien, derecho a conocer los detalles.

Sin embargo ese negocio no le requería el mínimo esfuerzo puesto que estaba automatizado, por así decirlo.

Los traficantes eran verdaderos empresarios, gente seria, ya que se trataba de uno de los negocios estrella en la ciudad.

Para empezar no había que pagar impuestos, y las drogas se vendían como caramelos a la puerta de un colegio.

La cocaína era la que más beneficios daba, claro está.

Normalmente entraba por Galicia en barcos pesqueros, a veces a toneladas, tal era el nivel de consumo; aunque no sólo se vendía en España, sino que también se distribuía por toda Europa.

Al parecer los españoles eran los principales consumidores, pero los ingleses y los italianos les iban a la zaga.

Aunque él no tomaba ningún tipo de estupefaciente, y menos aún alcohol, suponía que mezclándola con licor se formaba una especie de cóctel en el cerebro que debía hacer a la gente sentirse dioses omnipotentes.

De no ser así pensaba que no se gastarían en ella el dineral que costaba.

Aunque no contaba con datos oficiales, sabía que en unos años las ventas se habían duplicado, así que suponía que las mujeres se habían consagrado en cuerpo y alma a consumirla, como hacían con el alcohol y el tabaco.

Poderosas redes mafiosas controlaban el tráfico, y él no era sino una pieza diminuta del inmenso engranaje.

La primera vez, como un incauto, tuvo la osadía de probar por su cuenta.

Le salió mal, claro, pero gracias a eso había logrado introducirse en el negocio.

Como si se tratara de una película, los policías que lo habían detenido al pasar la frontera, tras reírse de la ínfima cantidad que transportaba, quizás asombrados de su sangre fría, le preguntaron si tendría el valor de atreverse con cargamentos mucho mayores.

A partir de aquel día no había vuelto a tener problemas con las autoridades.

Tan sólo tenía que comunicarles cuál era la matrícula de su vehículo antes de emprender el viaje y obedecer órdenes.

En realidad había tenido mucha suerte, porque el tráfico de hachís, al beneficiar en cierto modo a los moros, y proporcionar menos ingresos que la cocaína, resultaba más perseguido.

Las drogas y la prostitución eran los medios que existían para manejar enormes cantidades de dinero, y el mercado inmobiliario no era más que la tapadera de esa descomunal olla a presión.

Él, un garbanzo dentro de un cocido inmenso, se encontraba plenamente integrado en la sociedad corrupta a la que pertenecía.

La prostitución le gustaba como al que más, aunque en el fondo le resultaba escandaloso ver como las pobres mujeres se vendían hasta en la calle, a plena luz del día, sin el menor reparo.

En su país también existía, pero se parecía más bien a lo que aquí se consideraba el ligoteo, y si ella aceptaba irse contigo, tenías que pagar.

Lo cierto es que por haber pecado, y no haber sido la primera vez, ya que se últimamente se estaba aficionando, ahora llora arrepentido.